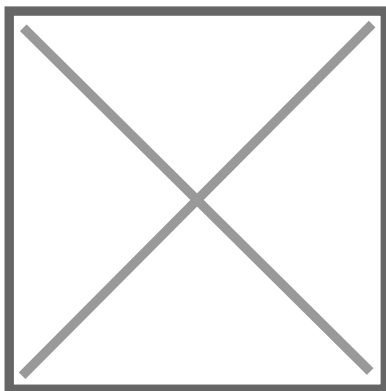




11.05.79 1107 11
El Mercurio - Stgo. 23-10-1989. P.E3 169525

Pablo García, un Excelente Narrador Chileno

Por Ignacio Valente



Pablo García.

PABLO García ha muerto como vivió: en silencio. García es un excelente narrador chileno que metió poca bulla, que fue mal manager de sí mismo, que escribió notables cuentos y novelas pasando inadvertido detrás de su obra, a pesar de su carácter torrencial, humorístico y apasionado. El mismo parecía un personaje de novela.

Ya sus primeros cuentos, de hace tantos años, acaparan bruscamente nuestra atención. En ellos no hay una palabra de más, ni una descripción, ni un gesto vano. Se habla el lenguaje más puramente narrativo, casi demasiado escueto: el de la acción y el diálogo: lo que se hace y lo que se dice, en descargas rápidas y eficaces. Lo demás, el pensamiento, la reacción interior, la resonancia anímica, todo se nos da en la desnudez de los hechos y de los parlamentos. Unos y otros están cargados de humanidad: una intensa carga de sentimiento se oculta y se disciplina en esta contención, produciendo atmósferas tanto más intensas cuanto más se abrevia su expresión. Hay cuentos que consisten casi enteramente en el troteo del diálogo, en el acazante ir y venir de la conversación, hasta acercarse al límite de la obra de teatro, interrumpida sólo por breves intervalos de narración, no menos directos y activos.

Esta misma esencialidad recae sobre los personajes, que llegan a ser abstractos. Y repito: no por falta de humanidad —que la tienen en grado intenso— sino porque encarnan de ordinario una pasión lineal, un carácter simple, hasta el punto de que, en algún relato, sus nombres son abiertamente alegóricos: Perennio, Ungido, Furia, Vanidad, como en los autos sacramentales. Sin embargo, nada "típico" o estereotipado hay en estos personajes, nada convencional o genérico: su singularidad está bien establecida, pero se la trabaja en uno solo de sus posibles desarrollos. Y esto ocurre porque García acepta y aprovecha los límites del cuento corto, poco apto para complejidades o caracteres múltiples, y de esta limitación del género extrae una fuerza simple y directa, que esculpe sus tipos con aristas vitrosas y elementales.

Estos personajes de estructura simple y de ardiente geometría insistían, en el mundo del autor, un trasfondo que cabría definir con las categorías de lo bíblico. Una religiosidad apasionada y angustiada es el marco de estos perfiles nítidos, de estas rotundas simplificaciones, de estos destinos mirados desde la altura. A lo cual se suma, en contrapunto creador, una fuerza inversa: la ternura de lo terrenal, la sensibilidad psicológica, el sentido del mundo y de su hermosa variedad.

Este contrapunto se refleja en las dos realidades centrales de toda la obra de Pablo García: el amor y la muerte, en obsesiva conjugación. El ímpetu del impulso erótico y la desnuda verdad de la muerte; la vanidad del devenir terrenal, revelada en el morir, y a pesar de todo, su hermosura y su esperanza persistente, reveladas en el amar.

El segundo grupo de cuentos de Pablo García, reunidos en *La tarde* en que ardió la balsa, tiene rasgos muy diferentes. Estos relatos son menos densos y esenciales, menos apasionados, menos religiosos, bastante más descriptivos, y sin sentido alegórico alguno. También, en su descargo, diré que son menos esquemáticos, con algo más de relleno, de ése que, a riesgo de sobrar, humaniza sin embargo la narración, y rodea de carne y tejidos el esqueleto narrativo. Por eso no afirmaré que son mejores ni peores que los primeros, sino sólo diferentes.

Alguien ha dicho que estos relatos se caracterizan por fundarse en buenas historias. Creo que no es así, que es justamente lo contrario. La línea argumental y anecdótica suele ser más bien vaga, imprecisa, desvaída, sinuosa, indeterminada. El lenguaje tampoco es homogéneo y típico, sino más bien fluctuante y funcional, casi siempre un tanto gris. La personalidad de estos cuentos viene, en cambio, de su ambiente, muy clara y ciertamente definido —por lo general las harridas más pobres de la gran ciudad o el abandono de la provincia—, viene también y sobre todo de su atmósfera, impen-

pable pero precisa como un estado de ánimo —casi siempre triste— que penetra personajes y sucesos y les otorga una gran unidad; y viene, por último, de sus personajes, que poseen un carácter melancólico, estoico y desesperanzado. El nombre célebre que estas piezas evocan es sin duda Goral.

De la tercera época de Pablo García escojo, para esta breve reseña, su novela de medio millar de páginas apretadas, *Junete* en lo lluevo, una obra chilénísima. García es un narrador torrencial, terrestre, hondamente arraigado en las esencias nacionales, que se sitúa en las antipodas de nuestros novelistas mayores, Donoso y Edwards. No porque a éstos les falte chilénidad, sino porque la tienen de otro modo: más cosmopolita, con mucho más "mundo". García, en cambio, es por excelencia un hijo de la tierra, un provinciano de tomo y lomo, para bien y para mal. La fuerza es el principal atributo de esta novela tan imperfecta como poderosa.

En esa selección de realidad que practica todo novelista, Pablo García recrea un mundo pequeño, un horizonte rural mínimo, de lacerante intensidad: un remoto pueblo del sur, casi desconectado del mundo exterior: un espacio humano autosuficiente, donde apenas llegan los ecos lejanos de la crisis, la crisis nacional. En este espacio terrenal la naturaleza austral está casi ausente; García es un novelista de los destinos personales, de las pasiones y de las relaciones humanas, no de los escenarios naturales. El pueblo sin nombre que habitan sus personajes podría parecerse a Allhué en lo exterior; y sin embargo —para seguir con la antítesis— representa el polo opuesto del mundo de González Vera: los personajes de éste vegetan en una rutina pintoresca y adormecida; los de García rebosan pasión, temperamento, tragedia. Lo mismo ocurre con el lenguaje: estilizado y fino el del primero; toscó, potente y dinámico el de nuestro autor.

Los personajes de García no son viñetas ni semblanzas de acuarela. No se emplea casi una sola palabra en pre-

sentarlos, describirlos, analizarlos: tienen la presencia inmediata del diálogo y de la acción: una evidencia física, rotunda, elemental, que los identifica desnudamente por lo que hacen y dicen. Los habitantes de la aldea tienen todos esta realidad a la vez simple y compleja, primitiva e intrincada: los funcionarios, las autoridades civiles y su comparsa, el almacenero griego y su hija, los dos carabineros, los infaltables ladrones de ganado, el brujo y su enloquecida esposa, el cantinero, la semiprostituta, algún indígena... Todos ellos protagonizan hechos de una trivial cotidianidad, que terminan, sin embargo, en suicidios, locuras, muertes confusas y fatales. La novela carece propiamente de un argumento central; en su defecto, destaca la habilidad de García para enlazar las diversas series argumentales, las vidas de unos con otras y de todos con todos en el mínimo espacio humano del caserío, isla polvorienta en medio de la exuberante vegetación austral.

El lenguaje de los protagonistas es estrictamente coloquial y criollo. Los diálogos reproducen con una exactitud encantadora el léxico, la sintaxis y las deformaciones del habla campesina austral. No se trata del fácil recurso pintoresquista, sino de una necesidad expresiva tan auténtica que a ratos la voz del mismo narrador se contagia con el dialecto de los personajes. E incluso cuando no se da tal contagio, la sintaxis fluyente y espontánea del relato es imperfecta, ruda, abundante, falta de síntesis, en el interior de una narración a la que quizá le sobran páginas. La posible comparación con el criollismo, sin embargo, sólo se funda en parecidos externos. Nada hay de pintoresquismo en Pablo García, y si mucho de existencial. Su autenticidad sobrepasa tales comparaciones literarias, en la dirección de la célebre máxima de Tolstói: "Describe tu aldea y serás universal".

Este podría ser el lema del autor que acaba de morir, un narrador extraordinariamente idéntico a sí mismo, desde la esquemática violencia de sus comienzos a la más exuberante abundancia de sus postrimerias.

Pablo García, un excelente narrador chileno [artículo]
Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pablo García, un excelente narrador chileno [artículo] Ignacio Valente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile